

El saldo que seremos

Cuentos escogidos 1964-2006

ÓSCAR COLLAZOS

Programa Editorial Universidad del Valle, Cali, 2018, 374 pp.

LOS VARIOS “Collazos” que a través del tiempo fueron escribiendo los cuentos recogidos en esta antología de la Universidad del Valle narran —sobre todo— la experiencia literaria de un escritor en procura de una voz con la cual abordar de forma sucinta, aunque polifónica, los temas tangenciales en su literatura. Se trata de un Óscar Collazos trashumante, con el que nos es posible identificar los síntomas de ese desdoblamiento narrativo que convierte el argumento de una crónica en un aparato ficcional, que se reconfigura para buscar efectismo en su empresa. Volvamos en el tiempo.

Óscar Collazos nace en Bahía Solano (Chocó), en 1942, y pasa buena parte de su vida entre París, Barcelona y La Habana. En Colombia vivirá su juventud entre Buenaventura y Cali; y ya a su regreso del exterior, a principios de los años noventa, sus destinos serían Cartagena y Bogotá. Aparte de sus novelas, marcadas por una literatura de índole social y el escaqueo en las costumbres propias a los abusos del poder, la violencia armada y el desplazamiento —y que van del género negro a la novela realista, léase *Señor sombra* (2009) o *Tierra quemada* (2013)—, su obra cuentística resume por el valor variopinto que en ella suelen tener temas como el erotismo o aquel ejercicio de lo policiaco, supeditado, muy a menudo, a su juicio sobre los roles sociales y económicos en el tercer mundo.

Para empezar con la lectura del libro, hallamos el prólogo del profesor Alejandro José López Cáceres sobre la vida y milagros de Collazos alrededor del globo, nos cotillea de paso sobre asuntos biográficos puntuales sobre los oficios del autor, para luego revisar, a vuelo de pájaro, los temas de los cuentos que componen la antología. Se detiene por ahí en anécdotas sobre los azares que rodearon la carrera literaria de Collazos, en sus búsquedas por París, su trabajo en Cuba o el empujón que Marta Traba diera

a su obra tras comentar una antología temprana de sus cuentos, hecha hacia 1970 en Uruguay.

Cuentos escogidos recoge parte de sus libros *El verano también moja las espaldas* (1966), *Son de máquina* (1967), *Biografía del desarraigo* (1974), *A golpes* (1974) y *Adiós Europa, adiós* (2000). Junto a estos, se incluyen dos cuentos que aparecieron originalmente en la revista *Eco* y que serían posteriormente publicados en las antologías de su obra hechas en Cuba y Uruguay, “Kodak 120” y “Esta mañana del mundo”. Para ser justos, huelga decir que la selección más que afortunada resulta ser una línea de tiempo en la que reconocemos a esos “Collazos” que fueron del barroco de sus afectos —por allí se ve su paso por los abanderados del boom— y de su trabajo sobre el flujo de consciencia o el escaqueo en las pasiones humanas de nuestra colorida idiosincrasia, a escribir desde su vida en la literatura europea, esto en cuanto al uso de referentes literarios, metaficción o escritura breve, caso de aquellos libros últimos en los que incluye episodios libresco y vidas de autores (“Soledad al final del coche cama”, de su libro *Adiós Europa, adiós*, por ejemplo), así como los poemas y microficción de su *Biografía del desarraigo*. Los cuentos de sus primeros libros resultan ser paisajes algo sublimados, donde la vida transcurre en un místico cuadro de costumbres, como es el caso del cuento que abre la selección, “Jueves, viernes, sábado y este sagrado respeto”. Por allí, la cultura patriarcal azuza y las matronas van a la iglesia del pueblo para expungar sus pecados, “entre olor a detergentes y maricos podridos”:

El cielo nublado dejaba ver pequeñas transparencias, como un resplandor entrometido en la negrura de la noche. Solo bastaba que se corriera ese telón opaco para que el resplandor se extendiera por las aguas de la bahía y lo bañara todo con un reflejo que acabaría produciendo caprichosas imágenes móviles al lado de los barcos, sombras temblorosas, con luces, luces-mástiles-erguidos, esparcidas en el espacio del agua. (p. 39)

Aquella liturgia de la belleza poética en una “vieja casa de madera” y

la psicología de mujeres a la espera de sus rutinas de siempre, permiten a Collazos recrear mundos interiores, a la vez que cuestiona las relaciones de poder que caracterizan ese villorrio sin nombre donde suceden cuentos como “Eclipse”, ya de su siguiente libro, *Son de máquina*. En este, las relaciones familiares, con la Iglesia o el Estado llevan a sus personajes al extremo de la culpa, un relato donde la tercera persona se mezcla con el relato frontal de un adolescente a medio camino entre el deseo y el púlpito de la iglesia. Poner en situación el sincretismo natural de nuestra cultura lleva a Collazos a escribir cuentos como el que le sigue a este, “El lento olvido de tus sueños”, un “sancocho” de íconos e ideas traídas de su juventud: muchachos de barrio que intercambian imaginarios y van de la virgen a Tarzán, Flash Gordon, Dalila y Sansón, y Superman, hasta dejar que la maravilla del progreso les lleve ante una Marilyn Monroe de celuloide. Allí se hace notoria la transformación que Collazos vive en su experiencia personal y sus trasuntos estéticos. Ya a partir de *Biografía del desarraigo* (1974), otros serán sus intereses personales de primer orden: ahora se trata de una educación sentimental llena de lecturas, lugares y desamores.

La levedad ajena y el entorno polvoriento de los primeros cuentos, ahora trasada de boleros y estrellas del *jet set*. Nos encontramos ante un Collazos personaje que escribe

[...] desde los doce años me ha perseguido una imagen que hoy, al recordarla, por lo difusa no deja de ser menos patética: nuestra casa, en un azaroso barrio de estibadores y pequeños empleados públicos, rodeada de construcciones de paja, robándole tierra al mar, reseca... (p. 155)

Luego habla de la violencia del matadero del pueblo, junto a avemarías y el Himno Nacional, y termina por hablarnos de la Colombia histórica: el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán o la guerra entre guerrilla y el paramilitarismo. Finalmente pone en la misma mesa cosas como sus influencias y gustos en lo literario, Renan o Voltaire; sus pintores, Goya o el Bosco; y sobre la margen de un país estragado por el

general Rojas Pinilla y el Sagrado Corazón de Jesús; ejemplo de su cuento “3”, en donde un niño se enfrenta a la figura anacrónica de un padre racista y homofóbico que lee el periódico mientras en la cocina su madre enciende velas para los santos. A este le sigue uno de los poemas que el libro recoge, “Bahía Solano”. Como biografía, este volumen incluido en la antología se revela un poco a manera de declaración de intenciones. Hallamos así un poema donde su autor, como tantos otros “hijos adoptivos de la miseria”, sobrevive “más allá de todo desalojo” (p. 167). Entonces pasamos de un poema sincero a otro abiertamente intelectual, “Los snobs”, Pavese, Camus, Jackson Pollock, Godard aparecen por ahí entre la lectura de *Newsweek*, *Paris Match* y *Les Temps Modernes*. Otro de esos raros textos incluidos es “Literatura y colonialismo”, un cuento brevísimo que más semeja una arenga que un cuento. Tras un epígrafe de Carlos Monsiváis que saluda a Marilyn, un breve panfleto contra el capitalismo llega a esta conclusión:

Rosa-la-mesera no será mito colectivo ni concepto de culpa: [sic] en su esquina ya no se la nombrará: alguna niña recién llegada tendrá acaso su polvera o ese bolso heredado hace trece años de quien, a su vez, fue objeto de un triste funeral. (p. 231)

Otra cosa ocurre con cuentos de su libro *A golpes* (1974), como “Testigo presencial”. De alguna forma se hace tangible allí el ejercicio que Collazos desarrolla para esos años con relación a la novela negra y donde la apuesta me recuerda aquellas peleas de compadritos de los tangos porteños. Un cuento que alimentará su necesidad de hablar del bien y del mal, más como taras impuestas por la sociedad que como crímenes, sobre todo cuando lo escrito vuelve al flujo de consciencia como escuela.

Adiós Europa, adiós (2000) cierra esta antología de la Universidad del Valle. En este libro en particular, las apuestas son mucho más claras en cuanto lugares literarios. Los mismos que llevan a sus figurantes ilustres por las calles de París o Barcelona, acaso inmersos en un *divertimento* a bordo de un tren. Algo más artificioso

en su apuesta, el libro va de Céline a Faulkner, de Boris Vian a René Char. Se trata de burgueses imbuidos en divagaciones simples, cuentos de un suspenso suave donde, al parecer, “todo hombre está, siempre sin saberlo, a las puertas de un crimen”, como en el cuento “Soledad al final del coche cama”, construido como escuela literaria dieciochesca que nos pone al tanto de la experimentación de estilo que supone este libro en particular, aunque como cuento lejos se esté de cumplir con ese *punch out* del que hablara Cortázar, otro de los autores admirados por Collazos. Otra cosa pervive a lo largo de la antología, la voz de un autor del desarraigo que vuelve a Colombia para terminar de delinear su proyecto literario. *Cuentos escogidos* es, en síntesis, el testimonio de un proceso polifónico que me recuerda lo que Collazos afirmó en una entrevista con relación a los libros no vendidos de las librerías, “los libros son el saldo que seremos”. Aquí el saldo resulta ser el balance de lo escrito en toda su vida.

Carlos Andrés Almeyda Gómez